

XIV Certamen Literario Local
"Fernando de Ballesteros Saavedra"

VILLAHERMOSA, PRIMER DÍA DE FERIA

Le había tocado permanecer en el pueblo y cuidar de las mulas.

Esa noche era la inauguración de la feria.

Nadie quería perderse el espectáculo de las madrinas, "la pólvora" y primeros convites en los bares bajo las lonas. Por eso los compañeros gañanes habían decidido que la suerte eligiera quién permanecería atendiendo las mulas y los burros.

Durante todo el año se cuidaban con esmero los animales; eran compañeros en las faenas agrícolas; cuanto mejor atendidos, mejor rendirían, por ello debería alguien, incluso las noches festivas, atender convenientemente con agua y pienso a las caballerías, a la vez que solucionar cualquier imprevisto.

Quien sacara la paja más larga sería el elegido para tal faena.

Habían echado a suertes.

El hado señaló al trabajador más joven, al "Traca".

"Traca" era el mote con que lo conocían en el pueblo, porque dentro de sus aficiones estaba la de disfrutar de los petardos, cohetes y demás elementos explosivos en las fiestas. Tenía en casa una colección exagerada de "varas de cohete", agrupadas por tamaños y años; las había coleccionado desde tierno infante, hasta que comenzaron a salirle pelos en las piernas y vestir pantalón largo.

Disfrutaba como nadie mirando subir los cohetes, pero podía superar tal alegría la consecución de la vara correspondiente. Había llegado a tener tal maestría en la recogida que calculaba con exactitud el lugar de aterrizaje.

Tal ilusión varil le había traído más de dos disgustos, porque en su carrera por conseguir el trofeo cohetero mirando para arriba, y sin dejar de observar la trayectoria, había pegado de narices en varias ocasiones con objetos contundentes; unas veces habían sido algunas paredes, otras, las más afortunadas, habían resultado ser personas las receptoras del topetazo del "Traca".

Ni atracciones de la feria ni juguetes de regalo; para él una vara de cohete equivalía al mejor tesoro feriado.

Rápido como el viento se levantaba del suelo y cuando el choçado quería reaccionar, Ufe ya corría contento exhibiendo su trofeo agitándolo por el aire.

Verdad era que le faltaba un "agua" o un "hervor", eufonía denotativa en el pueblo de falta de inteligencia.

Habían echado suertes..., pero los más espabilados pudieron consiguieron romper sus pajas correspondientes antes que "Traca" se diera cuenta, de modo que le tocó la más larga, por lo tanto, pasarse la noche de la pólvora cuidando los animales: Una desgracia como tantas otras trae la vida.

Su nombre de pila era Eufemio, pero ya se sabe..., la confianza hace que diminutemos los nombres, por ello, Eufemio era reconocido como "Ufe", el diminutivo cariñoso para todo el vecindario.

Ufe tenía las manos llenas de dedos, como cualquiera, pero cada dedo se parecía más a las morcillas, que hacía su madre el día de la matanza del gorrino. Si hubiera aprendido a escribir a máquina habría optimizado los tiempos, con cada pulsación de Ufe se hubieran marcado dos letras. Por lo tanto, cuando nuestro amigo se enfadaba, una o dos veces al año, como mucho, la gente hacía hueco en su entorno, porque las "guantás" que daba hacían resoplar los carrillos del recibidor, muy fuerte había de ser para resistir sin trastabillarse después de una "guantá bien da".

Se decía de él que no necesitaba látigo con las mulas, la yunta que le tocaba cuando entraba a servir en una casa, aprendía en pocas jornadas que las manos del "Traca" echaban fuego, se limitaba a dar la orden y manotazo a mano abierta en el anca del mulo. La posteridad confirmaba que, la voz de Ufe no necesitaba más añadidos, para que los animales arasen o tirasen de la galera.

Ufe o el "Traca" después de echarle el pienso correspondiente de media noche a las yuntas, echó en el basurero del patio su meada imprescindible para desaguar la vejiga; la satisfacción de la micción hizo que se le aflojara la barriga y soltó un pedo que debió oírse en la plaza, mientras se sacudía el miembro viril, para que no callera la última gota en los calzoncillos, se rio a mandíbula batiente y pensaba: "Ha sonado como un cohete de los gordos".

Con su disfrute y su risa no se había percatado de la tormenta que se estaba fraguando en el cielo. Era luna nueva y no se veía "ni un alma", recorría el camino de vuelta a la cuadra de los animales, donde habitualmente dormían los gañanes, que hacían el turno de la noche.

No se había llevado el candil porque conocía a ciegas el camino, las piedras del suelo, la parte más alta de esta zona..., cuando un relámpago iluminó toda la casa dejándola como si de medio día se tratara, inmediatamente un trueno ensordecedor hizo temblar el estómago de Ufe.

Lo que ocurrió se quedó grabado en su mente: una figura humana con sombrero y gabardina intentaba escurrirse, arrimada a la pared, en dirección a la portada. El relámpago había durado a penas un segundo alumbrando la

escena. Pero no recapacitó hasta que se vio entre los animales al abrigo del aguacero que ya caía a cántaros.

—¿Se me ha figurado o he visto un hombre acercándose a las portadas? ¿Será un alma en pena de las que salen con las tormentas? — pensó durante unos minutos; pero las piernas no lo sostenían como para ir a cerciorarse de la identidad de la visión.

Tampoco llegó a sus oídos por el agua y los truenos, el golpe de la puerta pequeña de la portada al cerrarse y el chirrido de la cerradura al inmovilizar la salida.

Alguien aprovechando el momento había salido de la casa ocultándose para no ser visto. No podía ser un *"alma en pena"*, ellas no necesitan recorrer un empedrado y utilizar las puertas para entrar o salir. A esto no llegaba el *"Traca"*. Sin querer dar más vueltas en su reducida mente a lo que había presenciado, se tendió en su camastro, y con la manta que le había comprado su madre, se tapó hasta la boina. El día había sido duro. Ya había cumplido con su obligación del pienso de las mulas. Se palpó la navaja en el bolsillo "por si acaso" y en el minuto siguiente roncaba como carraca vieja.

El personal de la casa debía dormir a pierna suelta tras la noche de inauguración de la feria, no se oía un ruido en todo el caserón.

Solo Ufe con la salida del sol había vuelto a reponer el pienso a las caballerías. Cumplidor y fiel como ninguno, especialmente con los que eran compañeros de fatigas y trabajo, las mulas y los burros.

Los únicos que no le tomaban el pelo ni se reían de sus acuerdos.

A las caricias en la cabeza y la cara de los animales correspondían con suaves empujones en la espalda o en el pecho del *"Traca"*.

Eso para él era como un abrazo de amigo.

Faltaba poco para que llegara el compañero gañán que lo sustituyera y pudiera irse a casa para tomarse la leche con pan del día anterior que le encantaba.

Como eran los días de la feria no saldrían al campo, no había prisa.

A las ocho en punto se presentó el compañero. Dio dos palmadas con la mano abierta en las portadas que resonaron en todo el patio.

—Ya ha llegado Genaro, —pensó y a voz en grito respondió—
Voooooyy.

Genaro no había madrugado en la feria, pero sí, antes del relevo, se había pasado por la churrería de Manolo y *"se había apretado media rosca y un café con leche en vaso..."* según le comentó a Ufe. Había que hacer un extra. Lo que no le comentó fue lo de las dos copas de anís *"carrasqueño"* que acompañó al desayuno, pero eso ya lo notaron las narices del *"Traca"* cuando abrió las portadas.

—Leches, Genaro, alguien ha entrado o salido esta noche sin echar las dos vueltas de llave de la cerradura y no me he enterado. No he tenido más que subir el chaspillo para abrirte.

—No es de extrañar con el sueño tan cerrado que tienes. Alguno de los señoritos habrá sido. No querría que lo descubrieran entrando por la puerta principal y se ha colado por aquí sin hacer el más mínimo ruido. Tú sabes que a estos les gusta una juerga más que a ti las tracas.

Cerca de las once eran cuando Ufe se tiraba de la portada y dirigía sus pasos hacia su casa, al tiempo que su mente volaba hacia los puestos de la feria, los turrones, las almendras garrapiñadas, los churros y el chocolate. No quería manifestar su interés por las atracciones y cachivaches como las voladoras, las barcas, el látigo... Su mente, más bien infantil, lo arrastraba por la calle de la feria hacia arriba para, por lo menos, observar de lejos aquellos elementos mágicos, que alborotaban a los niños consiguiendo de ellos risas y gritos de felicidad.

En un momento se imaginó a sí mismo subido en un coche del carrusel agarrado al volante y conduciendo por las calles de su pueblo. Las mocicas salían a las puertas y ventanas para verlo ufano y perfumado, saludar con la mano al estilo de las grandes figuras del celuloide, que él había contemplado en las películas en el cine de Ángel en las noches de verano.

Sentado en el umbral de una casa cercana, hacía volar su imaginación con los ojos fijos en las figuras brillantes y doradas, con la boca entreabierta formando una sonrisa de satisfacción.

En un momento volvió a la realidad, ladeó la boina hacia atrás y se rascó el pelo con necesidad de jabón y agua.

¡Qué ilusión! ¡Quién pudiera subir a esos artilugios toda una tarde saltando de uno a otro e imaginar mil historias, que contar a sus amigos!

Pero él había crecido ya mucho, era fuerte como un toro y con su edad, aunque joven, no estaría bien visto aquella fuga de ilusión infantil. Volverían a reírse de él como cuando iba a la escuela de don Argimiro.

En un instante le vinieron los recuerdos como pedradas en la cabeza.

Aquella tarde sentado en la mesa, compartida con otros tres alumnos, él levantó la mano cuando pasaba el maestro revisando las tareas.

Su cuaderno estaba en blanco y decidió solicitar permiso:

—Don Argimiro ¿puedo salir un momento al retrete? Es que no me puedo aguantar más...

El profesor echando un ojo a la hoja en blanco de Ufe, señal inequívoca de que no había hecho ninguna de las cuentas apuntadas en la pizarra, dijo a voz en grito:

—A la escuela se viene cagado y meado para toda la tarde. Cuando termines la tarea ya veremos si sales.

La negativa del maestro y la presión que ya tenía dentro el nifo, hicieron que sonara algo parecido a un pitido suave de clarinete.

Y volvió la súplica, esta vez con la faz pálida como la pared.

—Necesito salir al retrete, don Argimiro, tengo retortijones de barriga y no puedo aguantarme más. Déjeme salir, por favor.

—De aquí no sale nadie mientras que yo sea el maestro, —gritó a voz en cuello, de modo que lo oyeron las mujeres, que estaban al sol de la esquina, remendando los camisones de sus hombres.

Ufe no pudo más, la negativa sonó en su cabeza como el cierre de hierro en una cárcel y se dio por perdido.

Aflojó su tensión nerviosa a la vez que su tripa se relajaba.

El olor se hizo insoportable.

Todos los alumnos miraron a Ufe, origen de la pestilencia. Por la pernera de su pantalón corto asomaba un hilillo marrón, que goteaba en el suelo.

Su cara se volvió roja como la grana, empezaron a temblarle las piernas y su boca era incapaz de cerrarse, marcando un llanto hiposo y lacrimoso.

Solo pudo argumentar su situación con un lastimero:

—¿No ve usted don Argimiro como no podía aguantarme?

Y sin decir más, ni rogar permisos, salió de la escuela con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos.

En la mesa se quedó el cuaderno abierto, la hoja de la tarea en blanco y el lapicero sin punta paralelo a la junta de las tablas de madera de la mesa.

Decidió, mientras se dirigía a su casa con paso rápido, que aquel había sido su último día en la escuela, había pasado mucha vergüenza y él no era un guarro para haber protagonizado aquella situación.

Además, le resultaba insoportable la escuela, el olor a lapiceros y el “borra” de goma dura, que arrancaba el trozo de papel cuando se equivocaba.

«*Me voy de pastor al campo y que le den “porculo” a la escuela, al maestro y a “tos los críos”*» Fue su postura y su dictamen.

Una boca menos que alimentar en la casa iba a venir muy bien en la familia. No faltaban las estrecheces, no tanto en la comida cuanto en la ropa y otros caprichos imposibles.

Se ganaría el pan que se comería sirviendo a algún amo, ale: “¡Hacer leches!”. Y cuando estuviera con las ovejas en el campo no tendría que pedir permiso a ningún maestro, para poder cagar a gusto.

Además, ya sabía las cuatro reglas de las matemáticas; escribir despacio y a su marcha no se le daba mal, “*otra cosa son los dictados y las palabras tan raras que te ponen en la escuela*”, a él le daba lo mismo la ortografía, las palabras sonaban igual con “b” que con “v” con “h” que sin ella.

Todas esas cosas eran para la gente que quisiera estudiar, a él le valía con lo que había aprendido.

Se le dio bien el asunto del campo, era feliz con las ovejas, las cabras, los ordeños, las parideras. Aprendió rápido, como ocurría con las cosas que le gustaban. Se lo decía su madre: *"Ufe si algo te entra por el ojo derecho enseguida te quedas con ello, pero como no..., imposible que se te quede en la mollera"*.

En una ocasión sentado en un hito de piedra observaba cómo los gañanes del amo manejaban las mulas, arabán, paraban, tiraban, según las voces y los ruidos que aquellos hombres hacían con la boca; no se podían traducir a nuestro idioma, pero sí reproducir, de modo que las mulas obedecían tozudas, lo que la voz mandaba.

Con el tiempo aprendió a silbar a las ovejas del mismo modo que hacía los otros más viejos.

Salió de su ensimismamiento cuando llegó a su nariz el olor de los aperitivos que preparaban en el puesto de los pinchos y se acordó de que en casa estarían esperándolo para que se cambiase de ropa y se lavara; había olvidado que estábamos en la feria.

Con ajuste y toque de boina salió con paso firme hacia la casa de sus padres.

—¡Ya estoy aquí!, —voceó con la voz de feria, de gusto, de alegría—. ¡Madre! ¿Dónde estás? ¿Me has preparado la ropa de los domingos? Venga, rápido que me voy a la feria.

La puerta estaba, como siempre, sólo entornada, en dos zancadas se había presentado en la cocina de la casa.

No le cabía más alegría dentro, ni mayor sonrisa en su cara.

No se enteró de la respuesta de la madre, porque el interés estaba en la revisión del patio y del inmenso corral de la casa. Antes que cambiarse de ropa, era más urgente ver si había caído alguna caña de los cohetes de la noche anterior, la de la inauguración de la feria.

—¡Toma yaaaa! ¡Qué suerte, he encontrado dos cañas y con el cartucho donde va la pólvora! ¡Qué largas! Estas han debido pegar buenos petardazos.

Con los dos trofeos en la mano, y saltando como un crío, volvió a la cocina donde lo esperaba ya su madre con la palangana y agua en abundancia para su aseo ferial.

—Ufe, hijo mío, ¿Cuándo vas dejar la afición de coleccionar esos restos de cohetes usados? —por la cabeza de la madre había pasado la palabra "tontería" en vez de colección y "trastos inútiles" en vez de trofeos. El corazón de la madre conocía la debilidad mental de su hijo y de la necesidad de no hacerlo sufrir, pero a la vez se hacía imprescindible hacerle ver que, ya era mayor para aquellos caprichos.

—Es que me gusta mucho encontrarme las cañas de cohetes, huelen a fiesta, a descanso del campo, a ropa limpia y a comer con la familia, Madre. Todo esto me hace mucha ilusión.

—Bueno, vale, pero no hables a nadie de esto. Van a pensar que eres un nifo y tú ya eres un hombre hecho y derecho.

—Ya lo sé, Madre, no se lo comentaré a nadie, no te preocupes. Hay mucha gente mala que se ríe de mí, creen que no me doy cuenta, pero bien que me entero.

—Claro, Ufe, es que la gente confunde buenos con tontos. Venga date prisa, lávate, cámbiate y vete a dar una vuelta por la feria; tengo que preparar la pepitoria de gallina que tanto te gusta.

Al "*Traca*" le gustaba lavarse bien manos, cara, axilas, el pecho..., todo, luego restregaba bien con la toalla para secarse y por si había quedado algo de suciedad.

Hoy tocaba también enjabonarse la cabeza.

—Madre ¿me ayudas con la cabeza?

—No. Te voy a ayudar con las manos a lavarte la cabeza. A ver si no ahorras tantas palabras, que son de balde; va a llegar el día que no te va a entender nadie.

—Bueno, Madre, pero tú sí me vas a entender siempre, a que sí.

—Desde luego, hijo mío, —respondió la madre mientras le daba con todas sus fuerza un beso enorme en su cara recién afeitada—. Trae "*pa cá*", que te voy a dejar el pelo más hermoso de todo el pueblo. No aprendes que primero se lava uno la cabeza y después la cara y no al revés. La razón es que te va a chorrear toda el agua y el jabón.

Como un cromo iba Ufe hacia la feria, lavado, bien peinado, sin la boina de costumbre, la ropa de los días de fiesta y cantandillo "*por lo bajinis*" una copla de Manolo Escobar, que había oído en la radio y que hablaba de un carro que habían robado en una romería.

Estirado, con paso firme y con ligero olor a colonia se presentó en la plaza.

Miraba para todos lados, a veces con cierta intensidad, como escrutando los grupos de personas.

Le saltó el corazón en el pecho, distinguió no muy lejos a la Manoli. Notó un subidón de sangre a la cara y la cabeza recién higienadas.

—¡La Manoli...! —susurró en voz baja—, qué guapa está. Tengo que acercarme un día y decirle que si quiere ser mi novia. ¡Qué ilusión! Yo creo que no tiene novio, o ¿sí?

Vivía cerca de su casa, las madres eran amigas y cuando pasaba por su puerta, siempre miraba para verla. En alguna ocasión la oyó cantar

mientras barría el portal y ese día ya no se le iba de la cabeza la canción de la Manoli.

A la vez cruzaba, por su mente débil, el miedo a ser rechazado porque, como decía la gente, *"le faltaba un agua"*.

Entonces se le quedaba una sensación de vacío en el estómago y el corazón arrugado.

No entendía por qué había que ser listo para querer a la mujer que te gusta. No encontraba respuestas a sus miles de preguntas tan ingenuas pero tan esenciales en la vida

¿Es que los listos quieren más?

¿Es que los que tienen estudios sienten de otra manera lo que él sentía por su vecina?

¿Qué tendrá que ver el corazón con la cabeza?

Pues mi antiguo maestro don Argimiro sabía mucho y era muy listo, pero no está casado, así que no cuadra.

Y el cura, lo mismo, cuando habla en la misa dice que tenemos que querernos mucho unos a otros y él tampoco tiene mujer, ni hijos.

Esto no va por ahí, de ninguna manera.

¿Por qué no puedo yo querer a quien quiera, aunque me falte un hervor?

Estos pensamientos fluían en la mente de Ufe cuando estaba solo y conseguía no distraerse. No encontraba solución, ni quién pudiera sacarlo del embrollo de ideas y preguntas, que continuamente eran las mismas.

Su conclusión se repetía idéntica siempre: No entiendo quién puede haber hecho estas leyes y ponerlas entre la gente.

—¡Ufe, ¿hace un vasete de vino bueno y un aperitivo de queso?! —le gritó alguien desde el bar de la izquierda.

La voz era de sobra conocida, el tono de tenor de ópera resonó en los oídos del muchacho, miró hacia la dirección del grito y en el momento reconoció a Modesto, el pastor de categoría rabadán en su oficio. Una de las pocas personas que, en su todavía corta vida, nunca le había gastado bromas pesadas como solían hacer otros.

Se cogió la chaqueta de las solapas, una con cada mano, hizo el movimiento de subirla y aliviando el cuello y la espalda de la presión de la americana. Le iba viniendo más estrecha cada vez que se la ponía, menos mal que sólo era de pascuas a ramos; le diría a su madre que le cosiera otra que no le apretara tanto en los sobacos y la espalda; sin haber terminado tal decisión en su mente respondió a su amigo:

—¡Engaaa! Vamos a tomarnos unos chatejos, que "pa" eso estamos en feria.

Modesto siempre lo trataba con cariño. Lo tuvo trabajando con él unos años, intentando enseñarle el oficio de pastor de ovejas.

Estaba contento, porque Ufe había aprendido bastante; lo suficiente para estar solo con un buen número de animales.

Aprendió pronto a silbar a los perros, cooperadores necesarios, en el pastoreo. Lo que más le costó fue distinguir los silbos de movimientos. Los canes estaban acostumbrados a realizar las faenas anejas al tono y melodía del silbido del pastor, para volver las ovejas, recogerlas, reunirse de nuevo con su amo, etc.

—¿Te acuerdas Modesto de lo bien que lo pasábamos en el campo con el ganado? Madrugábamos mucho, pero las siestas de media mañana eran una joya. Mira todavía tengo los callos en los dedos gordos que, se me hicieron de ordeñar tantos animales, y todos los días, ¿eh? mañana y tarde. Pero me gustaba estar contigo, tú nunca te has reído de mí.

—Hombre Ufe, me reía mucho con tus acuerdos y tus chistes, pero líbreme Dios de reírme de nadie y menos de un compañero de trabajo.

Los dos disfrutaron del aperitivo hasta la llegada del medio día.

No perdonaron “el pincho moruno” que les ofreció el feriante del bar.

El chato de inicio se multiplicó por cuatro.

Con el vino trasegado se dieron cuenta de un cierto “*mareillo*”, y euforia especial, con lo que Modesto determinó:

—Compañero Ufe, nos vamos a ir a nuestra casa cada uno, llevamos varios vinillos y no es conveniente pasarnos de la raya, ¿te parece?

—Buen acuerdo Modesto, pago y nos vamos.

—De ninguna manera, déjame que te invite hoy; mañana si nos vemos, te toca a ti, amigo.

—Vale, mañana pago yo.